

LUCAS KENT & GRETA ROUGE

Rocio
Bonilla



Un verano de bicis
y Kryptonita

TINTA

1 CRUZAR EL OCÉANO

Por fin se acabó el cole y llegaron las vacaciones de verano. Cualquiera estaría feliz ante la perspectiva de casi tres meses sin hacer ni el huevo, pero yo no. Sí, lo sé, os estaréis preguntando que por qué. Simple. Mis amigos: Greta y Federico. Desde que me mudé a este barrio, vamos siempre juntos a todas partes. Y precisamente ahora que lleguen las primeras vacaciones aquí con ellos, que prometían ser la bomba, pues resulta que van y nos separan.

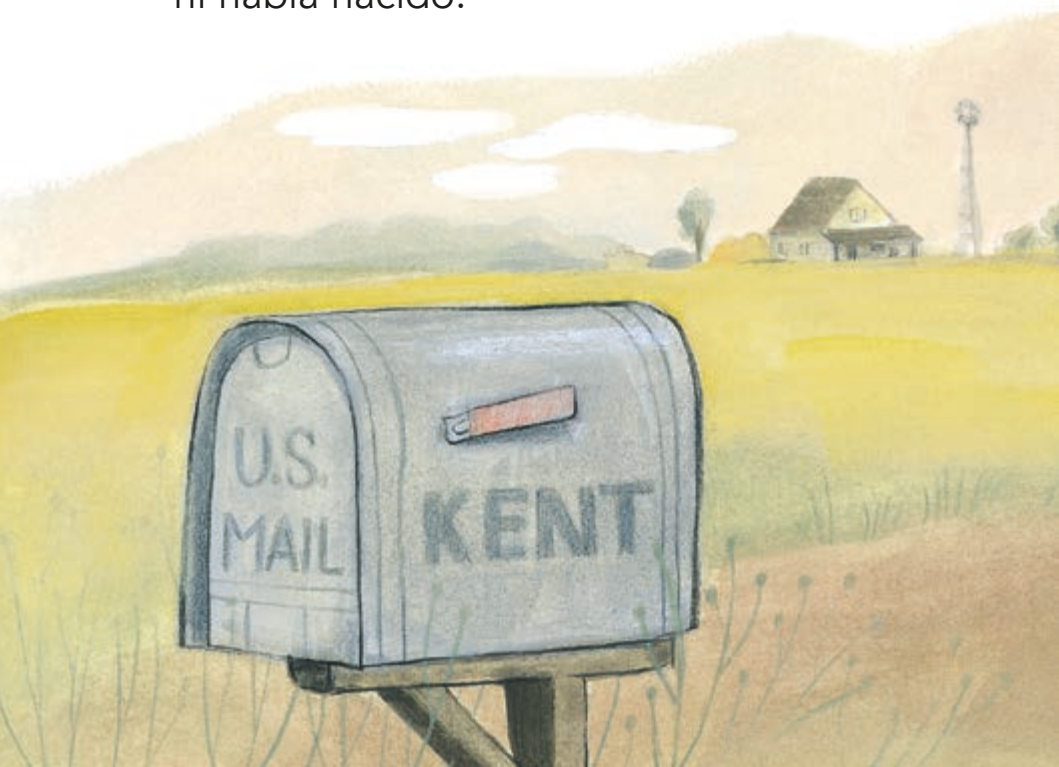
«Una ironía», diría seguramente
nuestra profesora de Lengua. O igual



no, porque, la verdad, nunca entendí demasiado bien la cosa esa de la ironía, y eso que aprobé la asignatura con buena nota. Con la que no tuve tanta



suerte fue con la de Inglés; la acabé pasando por los pelos. Esa fue la excusa principal para que mis padres decidieran mandarme a Estados Unidos. Bueno, esa y la de pasar un mes y medio con mi familia paterna, que vive en un pueblo de Kansas llamado Smallville. La última vez que los visitamos, yo debía de tener unos cuatro años. Lita ni había nacido.



–Te lo vas a pasar de muerte, ¡ya verás! –repetía mi padre, intentando convencerme de lo inconvencible. Buah, pereza total. Pues nada, maleta y al aeropuerto.

Os resumo un vuelo transoceánico: te meten en un avión enorme, te sientan en una butaca diminuta, te dan





unos auriculares de plástico y... ahí te
pudres delante de una pantalla duran-
te diez horas seguidas, hasta cruzar el
gran charco. O sea...

¡B-R-U-T-A-L!



¿¿¿Diez horas seguidas viendo pelis y comiendo pasta y bollos sin que nadie te diga: «Apaga el ordenador»??? En serio, no sé de qué se queja la gente.

Al aterrizar, mandé un wasap a casa para decir que ya estaba allí. Papá y mamá habían decidido comprarme un móvil para la ocasión («solo para este viaje y luego lo devuelves», recalcaron), ya que así podían comunicarse mejor conmigo, porque se ve que los abuelos aún funcionaban con unos teléfonos que no tenían ni pantalla. Mis padres mencionaron algo de «analógicos», una palabreja que a mí me sonó tan o más incomprendible que «ironía».

